

## La Negra Ester por el mundo

Willy Semler  
Actor y director

U no va a un aeropuerto. Se intercambian tickets y documentos, se despiden de algunas personas, y uno se sube a un avión. Se eleva por los aires. Uno está así de repente actuando en Montreal en el medio del festival de las naciones, de esa maraña de obras que van y vienen, afiches, funciones especiales, estrellas que arriban y se van, grandes acontecimientos y algunos dólares también. Hay fiestas por las noches en la escuela de teatro, se habla español, francés, italiano, inglés, ruso, y de todo. Las personas buscan entenderse de cualquier forma y gesticulan y actúan a viva voz y está todo pasando y uno recién entonces dice: ¡Glup!, quién soy yo, qué estoy haciendo aquí y entonces uno se va a función y llega al teatro y comienza todo otra vez, como en Puente Alto o San Antonio o Temuco, pero ahora en Montreal y uno sabe que empieza a llegar el público y uno dice: estos gringos no van a entender ni jota. Igual se ríen, hay varios chilenos y otros tantos latinos. La obra es la obra. La vida sigue. Pero ahora estás aquí, ¡en América! y la democracia y el hiper desarrollo y todos son felices y vamos carreteando de nuevo,



se bebe y se fuma abundantemente, pero por supuesto que en escena impecables todos.

De profesionalismo hablando, nada que hablar. La verdad es que el fenómeno uno lo encuentra fuera de escena. En las circunstancias dadas, más bien: eso de 22 comediantes chilenos, por qué no decirlo, jóvenes, que les gusta la chuchoca, metidos en medio de todo este ir y venir de la gira por el mundo, con la plata del viático en los bolsillos (38.00 dólares diarios; con \$18.00 comes bien, con \$ 20.00 se vive en la noche). La vida nos sonríe en Montreal. Pero uno aplaude rabiosamente a Basiliev, de nuevo uno piensa "por donde me lo banco todo", entonces uno recorre y destapa la otra y enciende el otro y vamos con la joda de caminar por todo y mirar todo y reventarse de asombro por todo y todo lo agarra a uno y lo tumba y lo levanta y uno no puede explicarse nada de lo que le está pasando.

Estuvimos diez días en Montreal. Hicimos cuatro funciones, más que bien, vimos grandes y pequeños espectáculos. Nos pasó de todo y despegamos de Montreal entre brumas inexplicables de lo que le estaba sucediendo al

## La Negra Ester por el mundo

Willy Semler  
Actor y director

U no va a un aeropuerto. Se intercambian tickets y documentos, se despiden de algunas personas, y uno se sube a un avión. Se eleva por los aires. Uno está así de repente actuando en Montreal en el medio del festival de las naciones, de esa maraña de obras que van y vienen, afiches, funciones especiales, estrellas que arriban y se van, grandes acontecimientos y algunos dólares también. Hay fiestas por las noches en la escuela de teatro, se habla español, francés, italiano, inglés, ruso, y de todo. Las personas buscan entenderse de cualquier forma y gesticulan y actúan a viva voz y está todo pasando y uno recién entonces dice: ¡Glup!, quién soy yo, qué estoy haciendo aquí y entonces uno se va a función y llega al teatro y comienza todo otra vez, como en Puente Alto o San Antonio o Temuco, pero ahora en Montreal y uno sabe que empieza a llegar el público y uno dice: estos gringos no van a entender ni jota. Igual se ríen, hay varios chilenos y otros tantos latinos. La obra es la obra. La vida sigue. Pero ahora estás aquí, ¡en América! y la democracia y el hiper desarrollo y todos son felices y vamos carreteando de nuevo,



se bebe y se fuma abundantemente, pero por supuesto que en escena impecables todos.

De profesionalismo hablando, nada que hablar. La verdad es que el fenómeno uno lo encuentra fuera de escena. En las circunstancias dadas, más bien: eso de 22 comediantes chilenos, por qué no decirlo, jóvenes, que les gusta la chuchoca, metidos en medio de todo este ir y venir de la gira por el mundo, con la plata del viático en los bolsillos (38.00 dólares diarios; con \$18.00 comes bien, con \$20.00 se vive en la noche). La vida nos sonríe en Montreal. Pero uno aplaude rabiosamente a Basiliev, de nuevo uno piensa "por donde me lo banco todo", entonces uno recorre y destapa la otra y enciende el otro y vamos con la joda de caminar por todo y mirar todo y reventarse de asombro por todo y todo lo agarrar a uno y lo tumba y lo levanta y uno no puede explicarse nada de lo que le está pasando.

Estuvimos diez días en Montreal. Hicimos cuatro funciones, más que bien, vimos grandes y pequeños espectáculos. Nos pasó de todo y despegamos de Montreal entre brumas inexplicables de lo que le estaba sucediendo al

grupo de los sucesores de **La pérgola de las flores**, como nos dicen.

Un vuelo curioso ese de Montreal-París, los espíritus y los humores estaban distraídos e inaccesibles, a bordo varios nos emborrachamos, claro, y cruzamos el Atlántico en medio de esa extraña noche de cama, cuatro horas para llegar, con los horarios cambiados, con la mona, con los ánimos cansados y sin hablar francés.

París de Francia, por supuesto: nublado, llueve sobre París, 18°C.

París luce melancólico y triste. Como varios. Como pintura de Albert Market.

Entonces, a uno lo toma un bus, lo deja en un departamento en Montmartre, o en Pigalle, en la Bastilla y uno de nuevo lo mira todo, lo busca todo, lo estremece todo y todo se transforma en haschish o fantásticos vinos franceses, y si en Montreal había carrete, afirmate que en París' la bohemia...

Entre que algunos logran desper-

tar a cierta hora, visitan el Georges Pompidou o la torre; otros, mejor gozar un buen sueño, despertar, comer bien, alguna *Heineken* y al teatro. Al teatro, siempre. Y uno piensa entonces que fue el teatro el que lo puso aquí en París haciendo **La Negra**, el teatro siempre, y uno llega al teatro y se encuentra con un circo suizo de como 200 años, entero de madera, lleno de espejos y mármol, y uno piensa entonces que estos europeos están majaretas y el "dire" da instrucciones precisas a la patota de cómo usar el lugar, y que cuidado con el mármol y que no manchen, que ésta es una reliquia y sí que lo es. La producción pide que no se beba ni se fume ni se ingiera nada durante períodos de trabajo. Algunos debates se establecen por supuesto, en fin, es decretada la ley seca. Pero a mí me da lo mismo porque estoy chantao. Entonces todos nos ponemos a barrer y a limpiar y a hacer pedazos de tarimas que faltan y nos movemos y todo, y hacemos función

Brindando al final de "La Negra Ester" en Concepción. Foto: Silvio Torrijos.



con el teatro lleno y como siete saludos nos pide la gente, y aquí en París todo pasando y hay muchos amigos de la mejor estirpe. Porque como estamos en la Cartoucherie, nos acoge el teatro Soleil y nos trata como colegas y amigos, lo mismo que los Pina Bauch que están aquí en París y son amigos de los del Soleil y a todos les encanta, "adoran" la obra. Maravilloso París, caemos, la mayoría, arrodillados a sus pies, mientras otros pocos guardan la compostura ante tanto peso de belleza y cultura e historia. Mejoran los ánimos. A veces estamos un poco intolerantes, pero París nos acoge tan suavemente que todo tiene la suavidad de la melancolía de París y nos vamos sanando de a poco. Lo vamos pasando cada vez mejor, comenzamos a entender lo que es que nosotros, este grupo que es el mismo que comía en el restaurante "De Rocka" en la Alameda con San Antonio después de los ensayos, porque no había otro abierto a esa hora, es el mismo que ahora camina por Saint Michael, escogiendo entre las miles de posibilidades de distintas comidas internacionales, rodeados de amigos parisinos y farfullando cualquier cosa hasta lograr entenderse.

Exito en París, éxito de los buenos. En el escenario y en el alma encontramos respuestas, nos identificamos. Sustancias duras que nos llevan a profundos viajes por sus metros o su arquitectura o a los bajos fondos o simplemente a los adoquines, pero por sobre todo, a la luz de París.

Don Roberto Parra, a toda taquilla, nos acompaña vigilando de cerquita a su negra que se sangolotea y seduce a estos parisinos que, contrariamente a lo que se dice, son de lo más simpáticos. Los 150 años de la torre y los 200 de la Bastilla tienen todo revuelto y de carnaval. Aprovechamos por supuesto.

Estamos contentos en París, siempre un poco machucados por el viajecito, pero contentos. Se añora la patria, los lugares propios, los amigos y todo, pero se está bien, yo soy el único que corta las hinchas por volver.

La noche de San Juan nos invitan a la fiesta del fuego a toda luna llena. Vieja tradición gala. Se enciende una gran fogata justo al momento que nosotros estamos brincando cuecas con una descomunal bandera chilena que no sé a quién le robaron y con zancos y bailes. Parece todo preparado, pero no, son coincidencias reales.

La fiesta consiste en beber y saltar por el medio de esa gran fogata (los varones preferentemente) para tener buena suerte todo el año. Varios se sacan la cresta, por supuesto. De pronto, en medio de la embriaguez, irrumpe una música vocalmente milenaria, proveniente de quién sabe dónde, surgen actores del Soleil sosteniendo una gran cubierta llena de frutas y velas y músicos del Soleil con tambores antiquísimos que estremecen la atmósfera de San Juan. Comemos y danzamos en torno al fuego.

Arianne Mnouchkine ve una función. Qué pena que no fuera la mejor, pero igual le gusta.

Andrés nos lleva un día a un pequeño grupo y nos muestra el Soleil, sus galpones, sus talleres, la escenografía de la **Indiada**, la infra y el jacuzzi de los actores me asombra hasta la depresión, me acerco al Aldo y le murmuro "jamás saldremos del subdesarrollo, mi vieja perra".

Pero en realidad puede que sí. No doy más con las ganas de volver. Al fin llega el día. El grupo parte a Londres, yo vuelvo a Santiago a encontrar a la María.

El 15 de julio nos nace un barón. Se llama Julián. □